



Ángel Olgoso



Ángel Olgoso

Ángel Olgoso (Cúllar Vega, Granada, 1961) es uno de los autores de referencia del género cuentístico en castellano, que cultiva desde los años setenta. Ha publicado los libros de relatos *Los días subterráneos*, *La hélice entre los sargazos*, *Nubes de piedra*, *Granada año 2039 y otros relatos*, *Cuentos de otro mundo* (Premio Caja España de Libros de Cuentos), *Los demonios del lugar* (Libro del Año 2007 según La Clave y Literaturas.com y finalista del XIV Premio Andalucía de la Crítica), *Astrolabio*, *La máquina de languidecer* (Premio Sintagma 2009), *Los líquenes del sueño*. *Relatos 1980-1995* (finalista del XVII Premio Andalucía de la Crítica), *Cuando fui jaguar*, *Racconti abissali*, *Las frutas de la luna* (XX Premio Andalucía de la Crítica) y *Almanaque de asombros*, así como el poemario *Ukigumo*.

Relatos suyos se han incluido en más de cuarenta antologías del género.

Es, además, fundador y Rector del Institutum Pataphysicum Granatensis, *Auditeur* del Collège de Pataphysique de París, miembro de la Academia de Buenas Letras de Granada y de la Amateur Mendicant Society de estudios holmesianos.

Ha sido traducido al inglés, alemán, italiano, griego, rumano y polaco.



Encuentros Literarios en Institutos de Educación Secundaria.

Miércoles 22 de Abril a las 12,45h en el Aula Jaramillo



Biblioteca "Ángel Olgoso"
I.E.S Pedro Soto de Rojas

Ángel Olgoso (Cúllar Vega, Granada, 1961) es uno de los autores de referencia del género cuentístico en castellano, que cultiva desde los años setenta. Ha publicado los libros de relatos *Los días subterráneos*, *La hélice entre los sargazos*, *Nubes de piedra*, *Granada año 2039 y otros relatos*, *Cuentos de otro mundo* (Premio Caja España de Libros de Cuentos), *Los demonios del lugar* (Libro del Año 2007 según La Clave y Literaturas.com y finalista del XIV Premio Andalucía de la Crítica), *Astrolabio*, *La máquina de languidecer* (Premio Sintagma 2009), *Los líquenes del sueño*. *Relatos 1980-1995* (finalista del XVII Premio Andalucía de la Crítica), *Cuando fui jaguar*, *Racconti abissali*, *Las frutas de la luna* (XX Premio Andalucía de la Crítica) y *Almanaque de asombros*, así como el poemario *Ukigumo*.

Relatos suyos se han incluido en más de cuarenta antologías del género.

Es, además, fundador y Rector del Institutum Pataphysicum Granatensis, *Auditeur* del Collège de Pataphysique de París, miembro de la Academia de Buenas Letras de Granada y de la Amateur Mendicant Society de estudios holmesianos.

Ha sido traducido al inglés, alemán, italiano, griego, rumano y polaco.



Encuentros Literarios en Institutos de Educación Secundaria.

Miércoles 22 de Abril a las 12,45h en el Aula Jaramillo



Biblioteca "Ángel Olgoso"
I.E.S Pedro Soto de Rojas

EL PROYECTO

El niño se inclinó sobre su proyecto escolar, una pequeña bola de arcilla que había modelado cuidadosamente. Encerrado en su habitación durante días, la sometió al calor, rodeándola de móviles luminarias, le aplicó descargas eléctricas, separó la materia sólida de la líquida, hizo llover sobre ella esporas sementíferas y la envolvió en una gasa verdemar de humedad. El niño, con orgullo de artífice, contempló a un mismo tiempo la perfección del conjunto y la armonía de cada uno de sus pormenores, las innumerables especies, los distintos frutos, la frescura de las frondas y la tibieza de los manglares, el oro y el viento, los corales y los truenos, los efímeros juegos de luz y sombra, la conjunción de sonidos, colores y aromas que aleteaban sobre la superficie de la bola de arcilla. Contra toda lógica, procesos azarosos comenzaron por escindir átomos imprevistos y el hálito de la vida, desbocado, se extendió desmesuradamente. Primero fue un prurito irregular, luego una llaga, después un manchón denso y repulsivo sobre los carpelos de tierra. El hormigueo de seres vivientes bullía como el torrente sanguíneo de un embrión, hedía como la secreción de una pústula que nadie consigue cerrar. Se multiplicaron la confusión y el ruido, y diminutas columnas de humo se elevaban desde su corteza. Todo era demasiado prolijo y sin sentido. Al niño le había llevado seis días crear aquel mundo y ahora, una vez más en este curso, se exponía al descrédito ante su Maestro y sus Compañeros. Y vio que esto no era bueno. Decidió entonces aplastarlo entre las manos, haciéndolo desaparecer con manifiesto desprecio en el vacío del cosmos: descansaría el séptimo día y comenzaría de nuevo.

ESPACIO

Escribí un relato de tres líneas y en la vastedad de su espacio vivieron cómodos un elefante de los matorrales, varias pirámides, un grupo de ballenas azules con su océano frecuentado por los albatros y los huracanes, y un agujero negro devorador de galaxias.

Escribí una novela de trescientas páginas y no cabía ni un alfiler, todo se hacinaba en aquella sórdida ratonera, había codazos y campos minados, multitudes errantes que morían y volvían a nacer, cargamentos extraviados, hechos que se enroscaban y desenroscaban como una tenia infinita, los temas eran desangrados a conciencia en busca de la última gota, no prosperaba el aire fresco, se sucedían peligrosas estampidas formadas por miles de detalles intrascendentes, el piso de este caos ubicuo y sofocador estaba cubierto con el aserrín de los mismos pensamientos molidos una y otra vez, los árboles eran genealógicos, los lugares, comunes, y las palabras pesados balines de plomo que se amontonaban implacablemente sobre el lector agónico hasta enterrarlo.

Ángel Olgoso

EL PROYECTO

El niño se inclinó sobre su proyecto escolar, una pequeña bola de arcilla que había modelado cuidadosamente. Encerrado en su habitación durante días, la sometió al calor, rodeándola de móviles luminarias, le aplicó descargas eléctricas, separó la materia sólida de la líquida, hizo llover sobre ella esporas sementíferas y la envolvió en una gasa verdemar de humedad. El niño, con orgullo de artífice, contempló a un mismo tiempo la perfección del conjunto y la armonía de cada uno de sus pormenores, las innumerables especies, los distintos frutos, la frescura de las frondas y la tibieza de los manglares, el oro y el viento, los corales y los truenos, los efímeros juegos de luz y sombra, la conjunción de sonidos, colores y aromas que aleteaban sobre la superficie de la bola de arcilla. Contra toda lógica, procesos azarosos comenzaron por escindir átomos imprevistos y el hálito de la vida, desbocado, se extendió desmesuradamente. Primero fue un prurito irregular, luego una llaga, después un manchón denso y repulsivo sobre los carpelos de tierra. El hormigueo de seres vivientes bullía como el torrente sanguíneo de un embrión, hedía como la secreción de una pústula que nadie consigue cerrar. Se multiplicaron la confusión y el ruido, y diminutas columnas de humo se elevaban desde su corteza. Todo era demasiado prolijo y sin sentido. Al niño le había llevado seis días crear aquel mundo y ahora, una vez más en este curso, se exponía al descrédito ante su Maestro y sus Compañeros. Y vio que esto no era bueno. Decidió entonces aplastarlo entre las manos, haciéndolo desaparecer con manifiesto desprecio en el vacío del cosmos: descansaría el séptimo día y comenzaría de nuevo.

ESPACIO

Escribí un relato de tres líneas y en la vastedad de su espacio vivieron cómodos un elefante de los matorrales, varias pirámides, un grupo de ballenas azules con su océano frecuentado por los albatros y los huracanes, y un agujero negro devorador de galaxias.

Escribí una novela de trescientas páginas y no cabía ni un alfiler, todo se hacinaba en aquella sórdida ratonera, había codazos y campos minados, multitudes errantes que morían y volvían a nacer, cargamentos extraviados, hechos que se enroscaban y desenroscaban como una tenia infinita, los temas eran desangrados a conciencia en busca de la última gota, no prosperaba el aire fresco, se sucedían peligrosas estampidas formadas por miles de detalles intrascendentes, el piso de este caos ubicuo y sofocador estaba cubierto con el aserrín de los mismos pensamientos molidos una y otra vez, los árboles eran genealógicos, los lugares, comunes, y las palabras pesados balines de plomo que se amontonaban implacablemente sobre el lector agónico hasta enterrarlo.

Ángel Olgoso